

EL NUEVO HOGAR

Compramos el apartamento en una subasta. Procedía de un embargo. Tanto a mi marido como a mí nos pareció una buena ocasión, así que no tardamos en decidirnos. Aunque no nos dejaron verlo por dentro, lo tuvimos claro por el bajo precio y porque la situación y el estado del inmueble eran inmejorables. Pudimos conocer la distribución interior gracias a que la vecina del piso superior nos permitió entrar en el suyo a echar un vistazo. Ahora, a toro pasado, la recuerdo con una sonrisa socarrona y traviesa; la muy perra.

Fue demasiado fácil: nadie más pujó por él. No comenzamos a sospechar nada hasta que, formalizada la escritura, quitaron el precinto, nos dieron las llaves, y fuimos, junto con mi suegra, a conocer nuestro nuevo hogar. El olor a incienso disuelto en el aire encerrado de mil colillas macerando en *whisky* barato ya nos anunció que algo tenía de oscuro el pasado de aquel piso. Mi suegra siempre dice que una casa en la que se fuma huele a cáncer. La primera pista clara fue el color malva de las paredes; luego las bombillas rojas, las camas redondas en todos los dormitorios, cada uno con su bidé, y algunos artilugios —no me pida detalles— que encontramos en los cajones de las mesillas de noche. Cuando volvimos a mirar el pequeño cartel de la puerta y leímos el texto: «Samantha y sus amigas. Masajes sensoriales», ya no nos quedó ninguna duda.

En el momento en que mi marido y yo cruzamos nuestras miradas —aún con las bocas abiertas— sonó por vez primera el timbre de la puerta. Abrió mi suegra, quien ya había tomado posesión de la cocina. Pasados unos instantes, vino a nuestro encuentro en el comedor.

—¡Qué raro! —dijo con cara de logaritmo—. Es un señor. Le pregunté qué deseaba y me contestó que un francés. Le he dicho que espere.

Mi marido nos pidió que entrásemos en un dormitorio y despidió al visitante tras explicarle con buenas palabras que el piso había cambiado de propietarios y de uso.

Luego hubo que explicarle a mi suegra las deducciones a las que habíamos llegado, y que *francés* es una palabra polisémica. Estuvo vomitando y santiguándose de forma simultánea durante cuarenta minutos y, cuando acabó, también hubo que explicarle lo que es una palabra polisémica.

Cambiamos bombillas y cerraduras, blanqueamos las paredes y arrancamos las moquetas. ¡Ah, las moquetas! Dios, cuando me acuerdo de aquellas manchas pegadas... Nos deshicimos de las camas (No sabríamos dónde comprar sábanas redondas) y de los colchones, que llevaban tatuados en sus superficies los mugrientos mapas de mil batallas. Metimos en una caja los paquetes de preservativos sin usar y aquellos juguetes o prótesis con pilas y lo llevamos todo a Cáritas; tal vez algún necesitado los podría aprovechar. Mi suegra reemplazó las cortinas de estampado de leopardo por otras más discretas y yo limpié con lejía cada rincón de la casa durante una semana; hasta que mis pulmones ardieron y mis dedos se pusieron amarillos. Hicimos venir a un fontanero para que desmontase los bidés sobrantes, trabajo que acometió con un exceso de cachondeo que me resultó poco profesional y que llegó a incomodarme. Cada vez que entraba en un dormitorio sonreía socarrón y, guiñando un ojo, me decía: «musho bidé, ¿no, ñora?». Pronunciaba «musho», como si fuese japonés, andaluz, o algo peor.

Bastantes años debió de funcionar aquel lupanar ya que, tras ventilar la casa durante el tiempo que duró la reforma, parecía que los olores a macho cabrío, a pachulí y a *whisky* estuviesen encerrados hasta en el interior de los ladrillos.

Después de la decepción inicial, mi felicidad volvió a su punto álgido cuando mi suegra nos anunció que, tras meditarlo con calma, prefería quedarse en el pueblo; que no vendría a vivir con nosotros a aquel nido de pecado. Mi marido le insistió, pero yo aduje que quiénes éramos nosotros para obligarla a ir contra sus convicciones.

Mis argumentos fueron escuchados. Pletórica, cuando acabé de ultimar los detalles de la decoración, me dispuse a disfrutar de nuestro nuevo hogar.

Mi marido es funcionario municipal; trabaja hasta las tres. Por lo general, los exclientes despistados comienzan a llamar al timbre a partir de las siete de la tarde y él los espanta con paciencia. Siempre dice que la cartera de usuarios de Samantha y sus amigas debía de ser limitada y que, a las pocas semanas, habrían pasado todos por allí.

¡Qué equivocado estaba! A juzgar por el volumen de visitantes, debía de ser un negocio muy próspero; no entiendo cómo acabaron desahuciados.

A él no se lo he dicho nunca para que no se preocupase demasiado pero, a veces, también suena el timbre más temprano; siempre hay algún caballero que tiene una urgencia a media mañana. Al principio me asustaba y apagaba la aspiradora o dejaba de cocinar hasta que se cansaban y se iban. Más tarde me entró curiosidad y comencé a asomarme por la mirilla para verles las caras a aquellos desgraciados. Había alguno, de vez en cuando, que no estaba mal; para qué le voy a engañar. A aquellos les abría la puerta y, usando las palabras de mi marido, les explicaba que el apartamento había cambiado de dueño y de función. Algunos me preguntaban si las anteriores ocupantes habían dejado sus nuevas señas, y se marchaban derrotados cuando les contestaba que no.

Reconozco que la primera vez que dejé pasar a uno me temblaban las rodillas, pero ahora sé que él estaba más nervioso que yo. Ya me he acostumbrado. Se puede decir que ese piso me ha cambiado la vida; cuando a media mañana suena el timbre, me entra un regocijo —una pequeña ola de calor que inunda mi pecho— que me saca por un rato del tedio de las tareas domésticas. Yo suelo estar preparada; cuando mi marido se marcha al trabajo me ducho, me pongo algo bonito, me maquillo y me perfumo.

Ya no se me hacen tan largas las mañanas y, además, ahora llegamos mejor a final de mes a pesar de la hipoteca, y me puedo permitir algún caprichito de vez en cuando.

María Clementina Funes